

EL año pasado apareció en México, bajo el rubro editorial de *Cuadernos Americanos*, un libro cuya lectura urge recomendar a todo mexicano y latinoamericano preocupado por el destino de los pueblos que durante más de un siglo han sido el "traspasado" expoliado y oprimido del imperialismo yanqui. El libro se titula *El Panamericanismo (De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson)* y su autor es el conocido economista mexicano y catedrático de la UNAM Alonso Aguilar Monteverde.

Ateniéndose a un riguroso criterio histórico, el autor dedica el primer capítulo de la obra, "Bolivarismo y Monroísmo", a la elucidación de los orígenes del concepto del "panamericanismo". Con el necesario acopio de datos y la justa interpretación de los mismos, Aguilar echa por tierra la falsa versión de que la Doctrina Monroe contribuyó a afirmar la independencia latinoamericana y coincidió con los propósitos que abrigaba Simón Bolívar al auspiciar el Congreso de Panamá en 1826. La presencia de los Estados Unidos en el Congreso sólo sirvió para frustrar el objetivo bolivariano de unificar a las antiguas colonias españolas en una confederación que, según las propias palabras del Libertador, presentara al mundo "un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas", es decir, de unión y armonía dentro de la más cabal independencia. Los Estados Unidos, en cambio, sólo buscaban excluir de América a Europa y sobre todo a Inglaterra, y contribuir a frustrar la independencia de Cuba y Puerto Rico.

El segundo capítulo, "Expansión Territorial y Económica de los Estados Unidos", examina las circunstancias históricas que determinaron la conversión de las antiguas 13 colonias británicas de Norteamérica en una nación agresivamente expansionista en todos los órdenes. La conquista del oeste, con el brutal despojo de las tribus indígenas, y la adquisición de vastas regiones mediante leoninas transacciones con las potencias europeas desgarradas por las luchas que libraban entre sí, fueron los factores decisivos del crecimiento interno de los Estados Unidos. Y la guerra de rapiña contra México —que despojó a nuestro país de la mitad de su territorio y dio al agresor sus actuales estados de Texas, Arizona, Nuevo México, California, Nevada, Utah y parte de Wyoming, aportó el grueso de la expansión territorial norteamericana a costa de otro país.

En el tercer capítulo, "Imperialismo y Panamericanismo", Aguilar analiza el tránsito del capitalismo norteamericano a su etapa monopolista y las consecuencias que ese fenómeno tuvo en las

relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina. Fue en esa etapa, precisamente, en la que surgió el sistema panamericano, "cuando los Estados Unidos, después de concluir su expansión interna, convertido en una gran potencia, se dispone a dominar el continente". En efecto, por iniciativa del gobierno de Washington se celebró en 1889 la primera Conferencia Interamericana, y en ella se acordó la creación de la Unión Internacional de las Repúblicas Americanas, que poco después se convertiría en la Unión Panamericana, con sede en Washington.

El cuarto capítulo "Del Big Stick a la «Filosofía de la Libertad»", resume la historia de la penetración norteamericana en el Caribe por la doble vía comercial y militar, que culminó con la guerra hispano-americana de 1898. Como resultado de ese conflicto, los EU se apropiaron de Puerto Rico y establecieron un protectorado virtual sobre Cuba. (Además, se apoderaron de las Filipinas, conquista que les abrió las puertas de los enormes mercados de China). Pocos años después, en 1903, bajo la presidencia de Teodoro Roosevelt, los Estados Unidos propiciaron la separación de Panamá respecto de Colombia y se hicieron (mediante un tratado que reducía a una quimera la soberanía de la nueva república) del canal interoceánico que hasta hoy siguen controlando unilateralmente.

Dos años antes, en 1901, se había celebrado en México la Segunda Conferencia Interamericana, donde los delegados norteamericanos se abstuvieron de suscribir un Tratado de Arbitraje que estipulaba cómo debían resolverse los conflictos que pudieran surgir entre las naciones del continente.

Cuando en 1906 se reunió en Río de Janeiro la Tercera Conferencia Interamericana, "el resentimiento y la inconformidad de América Latina hacia los Estados Unidos eran evidentes": éstos ya habían "tomado" el canal de Panamá y se habían apoderado, por la fuerza, de las aduanas en la República Dominicana. En la Cuarta Conferencia Interamericana, reunida en Buenos Aires en 1910, se estableció la norma —vigente hasta nuestros días— de no tratar problemas políticos embarazosos para los Estados Unidos: a pesar de las intervenciones armadas realizadas en 1906 contra Cuba y en 1909 contra Nicaragua, nada se dijo sobre ellas en el conclave.

Con la llegada de Woodrow Wilson a la presidencia de los EU en 1912, se proclamó la llamada "filosofía de la li-

De Monroe a Johnson:

UN SIGLO DE POLÍTICA INTERVENCIONISTA YANQUI EN LOS PAÍSES DE LA AMÉRICA LATINA

JOSE ROBLES BARROSO

bertad" que supuestamente abriría una nueva etapa en las relaciones interamericanas. La realidad que había detrás del "viraje" norteamericano se puso de manifiesto en 1914 con el desembarco de la marinería yanqui en Veracruz.

La Quinta Conferencia Interamericana se celebró en Chile en 1923, y en ella se hizo patente una vez más que los EU realmente no querían solidaridad sino subordinación hemisférica.

En el quinto capítulo, "Los Alegres Veintes", Aguilar examina el periodo de la primera posguerra mundial, del que Norteamérica "salió fortalecida y triunfante, convertida en gran potencia que a partir de entonces sería el nuevo centro de la economía mundial". "¿Cómo pagó América Latina esa transformación?" Los años veinte no fueron "alegres" para nosotros; no fueron años de crecimiento económico y emancipación nacional, sino de intervenciones extranjeras, gobiernos tiránicos, producción creciente para el comercio exterior y afluencia cada vez mayor de capitales foráneos "que no venían a industrializar ni a modernizar la economía... sino a subordinarla, a ceñirla más y más al dominio imperialista del norte".

Lo que siguió a ese periodo está descrito en el sexto capítulo: "La Depresión y la Guerra". La gran crisis económica, que puso al capitalismo mundial al borde del colapso definitivo, propició la llegada al poder en los EU del liberalismo encarnado en el *Ne Deal* rooseveltiano. Corolario de ese liberalismo fue la política de "buena vecindad" aplicada a la América Latina, que Aguilar analiza en su justa perspectiva. "Tal política", dice, "no constituía... el fin del imperialismo; pero tampoco era una mera frase convencional... entrañaba un paso adelante en el comportamiento agresivo de los Estados Unidos...; y constituía también un triunfo de las fuerzas democráticas del continente". Al mismo tiempo, la "buena vecindad" se tradujo en un esfuerzo para subordinar más a la América Latina, en el plano económico, a las necesidades norteamericanas.

En la Séptima Conferencia Interamericana celebrada en 1933 en Montevideo, los EU aceptaron por fin el principio de no intervención de un país en los asuntos internos de otro. Tres años después, en la Conferencia Interamericana para la Consolidación de la Paz, propu-

sieron el establecimiento de un sistema de defensa frente a posibles agresiones extracontinentales, y en la Octava Conferencia Interamericana (Lima, 1938) se aceptó la posibilidad de actuar conjuntamente frente a una eventual amenaza del exterior (el fascismo italiano y el nazismo alemán ya habían iniciado sus agresiones en Europa y África), con la salvedad, expresada por varios países latinoamericanos, de que "los gobiernos de las repúblicas americanas actuarán independientemente en ejercicio de su soberanía nacional".

El séptimo capítulo, "En Vísperas de una Tercera Guerra", examina los orígenes de la guerra fría, el macartismo



ALONSO AGUILAR

...uno de los análisis más lúcidos...

y la instauración de una política de dominación mundial por parte de los EU. Las consecuencias de esa nueva orientación no tardaron en dejarse sentir en la América Latina. En 1947, en Río de Janeiro, los EU obligaron a los gobiernos latinoamericanos a aceptar un pacto militar que no era sino "un instrumento destinado a minar la soberanía latinoamericana, a someter decisiones de la mayor importancia al voto de otros países y a tratar vanamente de detener el curso de la historia, al pretender que el avance de los países socialistas y de los movimientos de liberación era el mayor peligro en el mundo surgido de la segunda guerra".

El título del octavo capítulo, "De Bogotá a Caracas", habla por sí solo para los latinoamericanos de la actual gene-

ración. En Bogotá, en la Novena Conferencia Interamericana celebrada en 1948 en medio de un levantamiento popular ahogado en sangre, se aprobó la Carta de la OEA. El documento recogía una de las más viejas y justas aspiraciones de los países latinoamericanos: "Ningún Estado o grupo de Estados tienen derecho a intervenir, directa o indirectamente, y sea cual fuere el motivo, en los asuntos internos o externos de cualquier otro..." (artículo 15) y "ningún Estado podrá aplicar o estimular medidas coercitivas de carácter económico y político para forzar la voluntad soberana de otro Estado y obtener de éste ventajas de cualquier naturaleza" (artículo 16). Seis años después, en la Décima Conferencia Interamericana efectuada en Caracas, esos principios serían pisoteados y convertidos en letra muerta al acordarse la destrucción de la incipiente democracia guatemalteca.

Pero la historia no podía detenerse, y a partir de la Conferencia de Caracas las contradicciones entre los intereses imperialistas norteamericanos y las necesidades económicas, sociales y políticas de América Latina no hicieron más que agudizarse. La cadena que mantenía oprimido a todo un continente se rompió al cabo de poco tiempo por su eslabón más débil: el triunfo de la Revolución Cubana vino a abrir una nueva etapa en la historia latinoamericana.

Los dos últimos capítulos del libro de Aguilar —"¿Reforma o Revolución?" y "Cambios Estructurales, Progreso y Paz"— constituyen uno de los análisis más lúcidos que se hayan intentado hasta la fecha sobre la situación actual y las perspectivas futuras de los pueblos que Bolívar soñó con unificar y engrandecer hace siglo y medio.

En el prólogo a su libro, Aguilar explica el propósito que lo animó a escribirlo: "Tras de la criminal agresión a Santo Domingo y la creación de ese ejército represivo al que ha dado en llamarse la «fuerza militar interamericana», pensé que podía ser útil intentar un rápido examen del desarrollo histórico del panamericanismo, que recordara y actualizara sus principales episodios, poniéndolos al alcance de los jóvenes que día a día se incorporan en todas partes a la lucha emancipadora de nuestros pueblos". Hay que decir que el propósito del autor ha sido cumplido a plenitud.